

Evocación de Chalena

Evocation of Chalena

Aurelio Tello Malpartida
Pontificia Universidad Católica del Perú
Universidad Nacional de Música

Lima, Lima, Perú
aureliotell@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0002-7974-7101>



La pareja que formaron Héctor Manuel “el negro” Vásquez y su esposa Angélica Fornarina Rodríguez Calle –que prefería su segundo nombre porque le recordaba al personaje que inmortalizó Rafael Sanzio– en su hogar del poblado de Jíbito, en la cálida Sullana, jamás se imaginó que en un número de una revista de investigación musical, a muchos calendarios de que la trajeran al mundo, se le rindiera un homenaje a su hija Rosa Elena “Chalena” Vásquez Rodríguez como figura distintiva de la musicología peruana –o la etnomusicología, apelativo que no solía usar ella para sus quehaceres investigativos–, al cumplirse los 75 años de su natalicio. Para 1950, año en que Chalena llegó al mundo, todavía se dudaba, o se veía con sospecha, que el arte o la música fueran actividades a las que una hija pudiera dedicarse profesionalmente. Los cánones decimonónicos, a la sazón vigentes, confinaban a las mujeres al ámbito doméstico, signadas por las tres “c”: cocina, cama y crianza. Aunque la presencia social y profesional de las mujeres era mayor que la de un siglo atrás, no dejaba de ser discutible si se querían dedicar al arte. La vida de Chalena estuvo signada por una dedicación entera a su profesión de musicóloga, en activo vínculo con la vida musical peruana y con una generosa apertura a todas las músicas que se cultivan a lo largo y ancho de nuestro territorio y a las que se hicieron desde los orígenes más ancestrales hasta las que sirven de medio de expresión en los tiempos que a ella le tocó vivir.

Mi encuentro con Rosa Elena Vásquez Rodríguez, Chalena para todos los que tuvimos una devota amistad con ella, se dio cuando, hace poco más de medio siglo, ingresamos a estudiar piano al Conservatorio Nacional de Música. Venía del norte peruano, de su natal Sullana, donde en su infancia hizo una secreta alianza con el mundo de los sonidos, y de Trujillo donde había empezado a estudiar piano en el Conservatorio Regional de Música “Carlos Valderrama” y una fallida carrera de Ciencias Económicas en la Universidad de Trujillo, que dejaría de lado, sin siquiera intuir el cúmulo de hallazgos, descubrimientos y encuentros con los que se iría topando en una vida que ella se encargó de hacer fecunda.

La recuerdo preguntándonos qué iríamos a tocar en el examen de admisión. Y pasado el susto, yéndonos a tomar un café, el primero de muchos, de muchísimos que compartimos en todos los años en que nuestra amistad estuvo viva. Fue en ese entonces que se forjó entre nosotros

Como citar: Tello, A. (2025). Evocación de Chalena. *ANTEC: Revista Peruana de Investigación Musical*, 9(2), 17–19.



Enlace para este artículo: <https://doi.org/10.62230/antec.v9i2.283>

una relación fraterna –mixture de amistad, hermandad, complicidad y cultivo de intereses comunes– que mantuvimos viva no sólo en la cotidianeidad de las clases del Conservatorio, en los conciertos de los viernes cuando religiosamente asistíamos al Teatro Municipal a escuchar a la OSN, en los ensayos del Coro del Conservatorio y en el de las Juventudes Musicales (1972) en el que ella cantó de soprano, y en el Coro de Cámara del Conservatorio Nacional de Música (1974) al que dimos vida con nuestro maestro de Dirección Coral, Guillermo Cárdenas, y en las horas que compartíamos el hambre de conocimiento que provocaba en nosotros la asistencia a las clases del Taller de Investigación (1976–1978) que fundó el compositor y musicólogo chileno Fernando García, exiliado por esos años en el Perú, sino también cuando se impuso la distancia, al partir ella a Caracas a estudiar en el Instituto Interamericano de Etnomusicología y Folklore (INIDEF) con Isabel Aretz y Luis Felipe Ramón y Rivera, primero, y al viajar yo hacia México para abocarme al estudio de numerosos manuscritos del periodo virreinal en el Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Musical (Cenidim) del Instituto Nacional de Bellas Artes, después. En el ínterin, descubrió otros intereses que marcaron la ruta por la que transitó en su fructífera vida: la dirección coral, la composición, los arreglos corales, la investigación musical, el canto, la música folclórica y popular. En Caracas, Chalena trazó los perfiles de su trabajo sobre *La práctica musical en las poblaciones negras del Perú* –el prólogo del libro está redactado en la capital de Venezuela–, que obtuvo el Premio de Musicología de la Casa de las Américas de Cuba en 1979.

En lo que ella volvía de Caracas y se establecía de nuevo en el Perú, yo partía a México. Entonces vino para nosotros una etapa epistolar. Nos escribimos cartas, compartimos nuestros libros, artículos y discos que fueron naciendo en lo que madurábamos como investigadores –ella en lugares diversos del Perú (Chincha, Ayacucho, Cusco, Lima); yo, en las catedrales donde se resguardaban las músicas históricas de la Nueva España (Oaxaca, Ciudad de México, Puebla, San Cristóbal de Las Casas)–. Un día de 1988 recibí un libro que me dejó admirar cuánto había crecido Chalena como musicóloga. *Chayraq* decía su título y tenía que ver con el carnaval en Ayacucho. La dedicatoria era breve, pero elocuente: “Aurelio, un testimonio de nuestro pueblo. Cariñosamente. Chalena”, decía. Compartía la autoría con el antropólogo Abilio Vergara, a quien luego me unió una entrañable amistad en México. Eran años duros en el Perú, cruzados por la guerra interna y el descalabro económico del desgobierno aprista. Le hice una llamada de larga distancia –así se hacía, entonces– para felicitarla. “¿Cómo lo hiciste?”, le pregunté. “A puro punch”, me dijo, en una frase que resumía compromiso, valentía y entereza. Siguieron los trabajos y los días de apasionada entrega a la generación de conocimiento que implica la investigación. Cada una de mis visitas a Lima imponía una reunión con ella y nos llegamos a encontrar en cuanta ocasión fue posible para compartir el siempre anhelado café, para que me contara de su Centro de Música y Danza de la Universidad Católica (CEMDUC), creado en 1992; y de su programa “Canto Libre: como el canto del chilalo”, que traía a la memoria a aquella ave piurana que con sus sonidos anuncia el principio y el fin de las jornadas campesinas, difundido por Radio Nacional del Perú; para que viera sus videos en Internet; para que escuchara sus discos con las canciones que había empezado a componer tomando aires populares, “para ver si puedo”, me decía, pero también para revitalizar el dulzor de una amistad que se mantenía fresca y vigente y con esa complicidad que sólo la entienden los que la viven desde adentro. Que estaba de investigadora en el Cusco “y justifico mi sueldo trabajando de chofer la mitad del tiempo”, me contó; que la habían llamado, cuando ya caminábamos en el presente siglo y soplaban otros vientos políticos, a integrar una Comisión Nacional de Cultura, me dijo; que iba a organizar el congreso de la International Association for the Studies of Popular Music (IASPM) en Lima, me siguió poniendo al día; que había entrevistado “a nuestros maestros

para preservar lo que saben” y los había hecho en mancuerna con Marino Martínez, “a quien tienes que conocer”, me volvió a puntualizar; que había estado en Berlín viendo “nuestros instrumentos” se acordó en una ocasión que me habló de las zampoñas prehispánicas; que la habían convocado para asesorar acerca de contenidos musicales en el Instituto Nacional de Radio y Televisión (IRTP), me lo anunció sin ninguna presunción; que se había hecho cargo del área de Investigación de la Escuela Nacional Superior de Folklore “José María Arguedas” me confió con la esperanza de, por fin, hacer investigación institucional; que tenía unos hijos “que hacen rock” me confió, poniendo cara de tolerante; que había hecho una guía para enseñar la historia de la música en el Perú, se ufanaba; que estaba en México “y te he traído un video con cien huaynos cerreños” me anunció en el teléfono con su inagotable entusiasmo; que “te ganaste, como yo, el Premio de Musicología de Casa de las Américas”, sonó su voz con genuina alegría cuando su llamada telefónica unió La Habana con Ciudad de México; que tenía una alumna que necesitaba un asesor de tesis y “tienes que apoyarla” porque canta décimas, me solicitó cuando vine de México como profesor invitado a la Especialidad de Música de la PUCP, poco antes de que un maldito tumor derrumbara su vida y sus proyectos de seguir dándole tanto amor a la música de nuestro pueblo. La vi convertida en un referente de la musicología popular de nuestro continente, la supe entregada a las músicas ancestrales y vernáculas del Perú y a estudiar las manifestaciones telúricas de nuestros músicos tradicionales con un respeto y una ética ejemplares que le ganaron, a un tiempo, el hondo aprecio hacia ella y su trabajo y un cariño insoslayable de parte de los muchos músicos del Perú profundo con los cuales Chalena compartió intensas horas de su vida, músicos que viajaron a Lima desde recónditos lugares del país para despedir con cantos y danzas sus restos que se velaban en el Ministerio de Cultura.

Ahora que se cumplen los 75 años de su nacimiento y a casi una década de su desaparición, la tenemos presente en nuestra memoria, pero, además, vigente en todo: en nuestra música, en nuestra musicología, en sus libros, en sus canciones, en sus conceptos y herramientas que sustentaron su quehacer musicológico, en nuestras vidas a las que tocó con la generosidad de su amistad, en la evocación de una vida fecunda que la muerte injusta truncó cuando estaba en la plenitud de sus facultades y todavía tenía tanto que dar. Hasta siempre, Chalena querida.